

DEMOCRACIA PARTICIPATIVA: ALGUNAS PREMISAS Y PROBLEMAS

Manuel Matos Moquete*

El tema que me he propuesto desarrollar se enmarca dentro de una reflexión general que desde hace más de un año inicié en las páginas del periódico *El Siglo* en torno al humanismo, los sistemas políticos, las ideologías, en busca de un marco conceptual apropiado al reajuste de las propuestas de cambio político y social de la sociedad dominicana, en beneficio de toda la sociedad, y muy en particular de los sectores populares más desprovistos de libertad y justicia. La **democracia participativa** es tema nodal de esa reflexión.

La perspectiva desde la cual, en esta oportunidad, abordaré este tema es del ámbito de la filosofía política y de la lingüística dialógica. Aunque es una reflexión general, el universo aquí representado coloca como telón de foro el escenario dominicano de las elecciones del 16 de mayo de 1990.

A tal hombre tal gobierno

Confiesa Montesquieu en el prefacio de *El espíritu de las leyes*: "Yo primero examiné los hombres". El umbral ético de toda reflexión sobre el Estado y sobre la organización de las sociedades humanas quedaba así declarado por el filósofo de las instituciones democráticas modernas. El proceder había sido inaugurado por los filósofos del Estado

* Doctor en Literatura, profesor en la Universidad Autónoma de Santo Domingo y en el Instituto Tecnológico de Santo Domingo, premio nacional de Literatura 1985 (En el atascadero).

que le antecedieron: Platón, Aristóteles, Maquiavelo... El mismo proceder fue continuado por los filósofos que le sucedieron: Rousseau, Jeremy Bentham, Marx...

En todos esos autores, la valoración ética del hombre, hacia la construcción de una imagen humana, fue lo primero: el primer movimiento del pensamiento político. Luego, sobre esa imagen, se idearon las ideologías políticas, los proyectos de instituciones políticas y de organización de las sociedades; así como las facultades de gobernados y gobernantes, en condiciones históricas concretas. En el fondo de toda filosofía social y toda práctica política, siempre ha operado una filosofía de la naturaleza humana.

Ahora, en nuestro país, con miras a las elecciones del 16 de mayo, candidatos y electores estamos invitados a pensar en las instituciones políticas en los planes de gobierno y en los gobernantes que nos regirán y organizarán en los años por venir. Asimismo, es propicio preguntar: ¿Para qué tipo de hombres se conciben tales instituciones y modos de producción y organización de la sociedad? Más claramente, resulta impostergable recordar -ahora que el bullicio de los cameleos electorales apesadumbra nuestro entendimiento- esta apelación antigua: a tal hombre tal gobierno. Dime qué piensas tú del hombre y yo te diré qué piensas del Estado, de la sociedad, de los gobernados y los gobernantes.

Se ha convertido en una verdad decir, desde Maquiavelo, que la política se rige por la ley de la eficacia: que no responde a ninguna ética. Sin embargo, vale la pena recordar, ahora que todos pensamos en función de las elecciones próximas, que el hombre ético es un supuesto, un presupuesto o una propuesta, inevitable para cualquier diseñador, conductor o actor social. Por eso, en estos instantes debemos tener presente que no se puede hablar simplemente de democracia, de libertad, de justicia, de estrategias de desarrollo económico, sin antes descubrir en los programas, en las propuestas, en las promesas, la visión del hombre dominicano que se nos ofrece.

¿Y qué pensamientos se han de esperar sobre el hombre? El hombre, claro está, es una realidad compleja. Todo se puede decir sobre el hombre, y nada lo envuelve totalmente. Pero algo deben saber nuestros electores, para que lo descubran en sus partidos y sus candidatos. Tres han sido los tipos de interrogantes que frecuentan los discursos de los filósofos, los planificadores sociales y políticos y los estadistas: ¿La naturaleza humana es buena o es mala? ¿El hombre es un animal movido

por la necesidad o la fuerza de la sobrevivencia o por la libertad o la fuerza del desarrollo de sus facultades humanas? ¿El hombre -pero esta vez referido al hombre llano, al pueblo- es sabio o es ignorante?

Los diversos sistemas políticos erigidos hasta ahora, con sus diversos matices y formas de democracia, monarquía, autocracia, aristocracia, tiranía, dictadura, dictadura del proletariado, democracia popular, hasta el acaricidado proyecto de democracia participativa, no son sino respuestas en el plano político e institucional a esas interrogantes éticas (filosóficas) en torno al hombre. ¿Cuál es la respuesta que cada votante dominicano da de sí mismo? ¿Cuál es la respuesta que cada candidato ofrece acerca del hombre dominicano? De la confrontación de las respuestas de unos y otros tendremos el tipo de gobierno que merecemos, según el tipo de hombres que somos.

Yo he padecido martirios inmundos por causa de unos hombres; yo he conocido el fango humano de criaturas informes y perversas. En todas partes he visto fieras humanas, en las gentes sencillas y en las élites irreverentes de potentados y gobernantes. No ignoro, pues, que haya hombres malos, de instintos primarios e ignorantes. Sin embargo, el hombre es esencialmente bueno, de vocación libertaria por su propia condición de ser simbólico, y fundamentalmente sabio e inteligente. *Para un hombre así, la democracia real, que es la democracia participativa, es el ideal del mejor sistema de gobierno y de organización de la sociedad.*

Es ése el ideal que arrancó de Grecia, tras las sendas de Solón y Platón. Es el mejor ideal de los tiempos modernos, encarnado por Rousseau. La Revolución Francesa pretendió coronar, en la formación de las instituciones, la realización del hombre bueno sobre la perversidad humana. Pero, desde entonces, lamentablemente en las sociedades y en las instituciones políticas se ha impuesto la idea adversa, dando lugar al predominio de los regímenes más autoritarios y violentos de la humanidad.

Siglos de siglos en busca de un gobierno que llene de plenitud al hombre; pero Maquiavelo es el gobernante detrás del trono de los regímenes modernos que nos han regido desde el siglo XIX: la democracia liberal y el socialismo marxista. Para ambos, el hombre es malo por naturaleza, está movido por necesidades y es tonto e ignorante. El ideal humanístico ha sido derrotado. Y hoy, en cualquier parte y en nuestro país, parecería que las alternativas que se presentan sólo

conducen a preguntarse: ¿Cuánto maquiavelismo más, cuánto maquiavelismo menos? Pero hay otra alternativa: Imponer nuestra imagen de un hombre mejor, para merecer un mejor gobierno.

Ni marxismo ni liberalismo

La fórmula latina *Vox populi vox Dei* encierra el supuesto de que el pueblo es bueno y sabio, y que en sus creaciones sociales y políticas está animado por los más nobles ideales de libertad y de justicia. Esa expresión consagra la soberanía popular en la democracia. Sin embargo, ni el liberalismo decimonónico -que en definitiva es la democracia liberal que ha prevalido-, ni el socialismo marxista -también decimonónico que prevaleció hasta hace poco en los países de Europa Oriental bajo la forma de stalinismo y leninismo- han gobernado en base a una efectiva soberanía popular.

Ambas ideologías son maquiavélicas. Sus fundamentos son las premisas de que el hombre es malo, incapaz y movido por la necesidad. He aquí el pensamiento de Maquiavelo: El hombre experimenta mayor atracción por el mal que por el bien; el temor y la fuerza tienen mayor imperio sobre él que la razón. Todos los hombres aspiran al dominio y ninguno renunciaría a la opresión, si pudiera ejercerla. Todos o casi todos están dispuestos a sacrificar los derechos de los demás por sus intereses. Lo único que mantiene a raya a los hombres en la sociedad es la fuerza; también es la fuerza lo que sustenta la jerarquía y los organiza; la fuerza origina el derecho, y la ley no es sino fuerza codificada.

Esa teoría de la fuerza como razón del derecho y del poder, se apoya en Maquiavelo en otra aún más apremiante: la necesidad de vivir es lo dominante en los Estados y en los individuos; la libertad política es una ilusión y un lujo que el hombre puede satisfacer sólo para cubrirse su naturaleza animal o violenta, acicateada por la necesidad de sobrevivir. En ese sentido, la ley de la necesidad es la ley de la fuerza; en el hombre priman los instintos económicos de consumidor y de productor de riquezas sobre los instintos de la libertad y de la creación. De ahí la razón utilitarista y materialista que sirve de motivación básica a sus actos.

Las democracias liberales y las democracias populares o las dictaduras del proletariado, asientan sus instituciones y sus ordenamientos sociales en tales principios. No se puede confundir la democracia a secas con la democracia liberal o la democracia representativa, tal como la conocemos en Occidente. Esta última democracia surgió en el siglo XIX, como sostiene C.B. Macpherson en su obra *La democracia liberal y su*

época, con características que se derivaron de la economía de mercado que se impuso en Europa después de la Revolución Francesa.

El modelo de la democracia liberal, cuyos ideólogos originales fueron, con diversos matices, los ingleses Burke, Bentham, James Mill y John Stuart Mill, se fundó sobre la premisa maquiavélica de que la primera ley que motivaba al hombre era la ley de la necesidad. Bentham y James Mill fueron dos utilitaristas consumados. La ley del utilitarismo de esos autores -como lo fue más tarde para el argentino Macedonio Fernández- era la ley del placer. El hombre está movido por alcanzar en sus actos la mayor cantidad de placer individual, una vez restado el dolor. Esa es la felicidad.

En esa búsqueda del placer, el instrumento más eficaz es la posesión de bienes materiales. La máxima de Bentham era: A cada porción de riqueza corresponde una porción de felicidad. Y en la posesión de riqueza, el dinero es el instrumento que permite medir la cantidad de dolor y de felicidad. Este es el parámetro de la felicidad, y, por lo tanto, de las motivaciones y las acciones humanas y sociales. Así, para Bentham, la sociedad no es más que un conglomerado de individuos que tratan de maximizar sus propias riquezas a expensas de los demás. a expensas de los demás.

En esa versión del liberalismo -muy cumplida hoy en día por los neoliberales- el hombre se define como un consumidor y apropiador maximizado de mercancías para su felicidad individual. Y, en esa visión, la relación que él establece con los demás hombres en lo social y en lo político no puede ser más catastrófica, por no decir maquiavélica, como era la visión de James Mill:

El deseo de un ser humano de someter a la persona y la hacienda de otro a sus placeres, pese al daño o a la pérdida de placer que ella ocasiona al otro individuo, es la base del gobierno. El deseo del objeto implica el deseo del poder necesario para obtener el objeto.

Siendo natural ese sentimiento de opresión de un hombre por otro como manifestación de su libertad, la democracia proclamada por ese liberalismo se limitaba a proteger a la sociedad de libre mercado en contra del gobierno usurpador y rapaz. Las leyes, las instituciones del poder político y los actos regulares eran sólo una codificación del derecho de explotación de un individuo por el otro; pero bajo el reconocimiento explícito de que cada quien, como consumidor infinito, tenía la libertad de someter a los demás.

La democracia liberal se enriqueció con John Stuart Mill. Su ideal del hombre era cercana de la de Montesquieu. Le asignaba el fin de

desarrollar y armonizar a plenitud sus facultades y capacidades esencialmente buenas. Pero el mercurialismo que ha primado en las corrientes liberales posteriores hasta este renacer de las viejas doctrinas bajo el nombre de neoliberalismo, dejó en suspenso esa utopía platónica y rusoniana. Esa nueva utopía renace hoy, luego del fracaso de la utopía del socialismo, bajo el nombre de democracia participativa.

Del carácter utilitarista, y por consiguiente, del carácter violento del marxismo como remedo del capitalismo, no es necesario abundar. Sólo hay que apuntar que Marx partía de la premisa de que el hombre era malo, que estaba movido por la necesidad, y que, en general, el pueblo era ignorante. De ahí la necesidad del proletariado, como clase de vanguardia, y la dictadura del proletariado, como violencia de una clase sobre otra -la burguesía-, cuya propiedad era transferida al proletariado. Leyendo a Marx, a Engels y a Lenin estamos leyendo a Jeremy Bentham y a James Mill; y leyéndolos a todos estamos entre las páginas de *El Príncipe*, de Maquiavelo.

Populismo y democracia participativa

En República Dominicana ha existido una fuerte tendencia populista en la cultura política tanto de la izquierda como de la derecha. La participación política del pueblo se orientó desde muy temprano hacia el "machepismo", en el discurso, y hacia el "inesprismo" demagógico, en los actos de gobierno en favor de los sectores más pobres.

De democracia muy poca experiencia tenemos los latinoamericanos; los dominicanos no somos ni los más ni los menos experimentados en métodos antidemocráticos. Y si la democracia liberal o representativa es aún una meta por alcanzar, la democracia participativa es un término disonante entre nuestros hábitos.

La historia es breve: apenas arribados a la independencia, llenamos estos países de gobiernos oligárquicos y de tiranías; cuando a mediados del siglo veinte la naciente burguesía liberal y las clases medias europeizadas quisieron enfrentar la oligarquía y la tiranía instaurando gobiernos de fachadas democráticas, los liberales emergieron como caudillos, convirtiéndose, en algunos casos, en dictadores. Y, pues, la imagen más común de los últimos veinte años de las instituciones políticas de América hispánica, es la sobria y violenta voz de mando del cuartelazo. Pero la utopía revolucionaria, en lugar de liberarnos y

educarnos en la democracia, trajo clavados los guantes del militarismo y el estalinismo.

¿Qué somos? ¿Qué hemos devenido? Siendo la violencia la mejor herencia que asimilamos de los europeos, cada vez que hemos querido ser democráticos lo hemos hecho violentamente. Así llegamos al populismo como llegamos a los cuartelazos o a las revoluciones. El populismo fue una orientación totalitaria en América Latina, que paradójicamente se sostiene como la experiencia más importante de participación popular en las instituciones del Estado, no sólo como objeto sino como sujeto (Octavio Ianni: *La formación del Estado populista en América Latina*).

Los gobiernos populistas más genuinos en América Latina fueron el de Lázaro Cárdenas, en México, Getulio Vargas, en Brasil, y Domingo Perón, en Argentina. Sin embargo, el populismo es una ideología que ha impregnado a todos los gobiernos latinoamericanos de las últimas décadas -a excepción de las dictaduras militares-, como procedimiento de control de las aspiraciones de cambio y de participación de los sectores populares en las grandes ciudades. Ante las graves amenazas erguidas por los "cinturones de miseria" de esas ciudades, el populismo de la élite y del caudillo impidió las revueltas contra el orden. Evita Perón fue el mejor instrumento de preservación del orden que tuvo Domingo Perón, frente a la desesperación amenazante de los "descamisados". Hubo un tiempo en que hasta los Estados Unidos prometieron el populismo de la élite, con programas como "La Alianza para el Progreso", ante el terror a las revoluciones que les infundió la Revolución Cubana.

Pero, al mismo tiempo, el populismo de las masas, de los sindicatos, del clientelismo de los barrios pobres, llenó los locales de los partidos, las plazas de los mítines, las oficinas públicas; aupó al caudillo liberal o dictatorial hacia mayores reivindicaciones sociales y hacia medidas de nacionalización contra intereses de la oligarquía o intereses foráneos; o apoyó cierre de periódicos, cierre de locales de adversarios políticos, o cacerías de brujas, como la de los comunistas en Argentina.

Las instituciones democráticas, aun bajo la forma superficial de la democracia liberal o representativa, son canales aún muy estrechos en las esferas del poder para permitir la participación popular. Esto no ha permitido el ejercicio de una verdadera soberanía popular, sin manipulaciones ideológicas y económicas que alienen la voluntad democrática de la mayoría dentro de un marco de justicia y libertad.

¿Eran los gobiernos populistas verdaderos gobiernos democráticos? Claro que no: ¿Permitieron los gobiernos populistas la participación democrática del pueblo en la decisión y ejecución de los actos del poder? De ninguna manera. Sin embargo, hubo una complicidad y una mutua instrumentalización entre el caudillo populista, el partido populista y la masa populista, para el uso del poder en provecho mutuo. Como sostiene Octavio Ianni, el populismo se apoyó en la tríada caudillo, partido, masas populistas para ejercer la violencia en contra de la vieja oligarquía y de la clase media, incluyendo a los sectores más avanzados de la sociedad.

En esa alianza de clases, en las masas populistas no primó el instinto de la libertad. Primó la ley de la necesidad, esa "inagotable cobardía de los pueblos" de que hablaba Maquiavelo, como el aliado natural del despotismo, que en Nicaragua es tal vez la explicación más plausible del triunfo de Violeta Chamorro contra el sandinismo.

Mientras persistan esas carencias insoportables que lleven a los pueblos a renunciar al ejercicio de la libertad a cambio de la seguridad, será difícil hablar de democracia participativa. A lo sumo, tendremos experiencias comunitarias de democratización, pero ése sería ya un gran comienzo en la revolución cotidiana de nuestros hábitos autoritarios, que ha de preceder el salto hacia el advenimiento de la democracia participativa en las instituciones del Estado.

¿Qué no puede ser la democracia participativa?

En el estado actual de las sociedades modernas, la democracia participativa como institución política y modo de vivir permanece en la condición de ideal y de **deber ser**. La participación ha sido siempre una práctica de convivencia de grupos humanos despolitizados que, como nos enseña la "Dinámica de grupo", que imperó en los Estados Unidos y en Europa desde los años treinta, consiste en la interdependencia y la interacción de individuos con intereses y afinidades comunes, a fin de compartir las ventajas y los riesgos del grupo.

Entendida así, la participación es una práctica de socialización y autoconservación propia de núcleos humanos sin grandes conflictos, como la familia, un equipo de beisbol, una comunidad religiosa..., dentro del entramado conflictivo más amplio de la sociedad dividida en clases y en pugna por intereses económicos y políticos. No hay dudas de que una sociedad verdaderamente democrática ha de regirse, en gran medida, por las normas y las experiencias de participación, a menudo muy libres y democráticas, de esos grupos. Pero, a menos que nos

propongamos despolitizar el concepto de democracia participativa, es necesario romper el marco de la dinámica de grupo propia de algunas organizaciones populares en el país. Urge situar la democracia participativa en la tradición del pensamiento de las instituciones democráticas del Estado.

La democracia participativa -de eso, al menos, estamos seguros- no puede ser lo que ha sido hasta ahora la democracia liberal o la democracia representativa. Pero tampoco ha de encontrarse por el camino del socialismo marxista. Y no puede identificarse con uno u otro modelo por la misma razón: ambos parten de una imagen del hombre que reivindica a éste su rostro más abominable, erigiendo esa visión en teoría y práctica del Estado y organización de la sociedad civil: el hombre hecho maldad, violencia y necesidades perentorias y opresivas contra sus congéneres. Es ésa la imagen de la sociedad de mercado regida por la sola ley de la competencia en la oferta y la demanda; es ésa también la imagen de la sociedad socialista regida por la supresión de la competencia entre los individuos, bajo el poder absoluto del Estado.

En una democracia participativa ha de hacerse realidad para todos, aunque no en igual grado, la relación intrínseca entre la justicia y la libertad. No hay democracia donde reina por doquier la injusticia social, como en las democracias liberales o representativas. No hay democracia en las democracias populares o las dictaduras del proletariado, donde reina *Urbi et orbi* la ausencia de libertad. Y claro, en ambas sociedades, en ambos regímenes políticos, falta el uno o el otro objetivo humano, porque fueron creaciones diseñadas o ejecutadas para hombres indignos y abominables.

Sin embargo, faltaría por saber cuán distinta de la visión del hombre de Maquiavelo es la que sustentan los pensadores de la democracia participativa. Pero aún sería necesario tratar de entender si el hombre en general y el hombre concreto -el hombre dominicano, norteamericano o europeo-, pueden ser otra cosa que la que descubrieron Maquiavelo, Hobbes, Bentham, Marx. ¿Quiénes de ustedes consideran que, como afirmaba Rousseau en el *Emilio*, el hombre es bueno por naturaleza? ¿O, como afirmaban en sus respectivas épocas Montesquieu y John Stuart Mill, la misión del Estado y de la organización social es la de permitir el desarrollo de las facultades humanas en condiciones de igualdad y de libertad para todos; hasta que se cumpla como en su tiempo afirmaba nuestro Pedro Henríquez Ureña, "la emancipación del brazo y de la inteligencia"?

El hombre de este final de siglo XX es una criatura marcada por dos culturas: la del amor y la del odio. Y ambas fueron creaciones suyas y de sus antepasados. Eso indicaría que en su seno coexistirían dos corrientes alternas que pugnan por sobreponerse una contra otra: la del bien y la del mal, la de la necesidad y la de la libertad, la de la sabiduría y la del terror, la de la dignidad y la de la abyección, la de la violencia y la de la paz. Y esas cualidades duales de los hombres son más por cultura que por naturaleza.

Dentro de ese esquema dicotómico, propio de cada hombre, de cada instante humano, de cada sociedad y cada régimen político, la democracia participativa no sería más que la orientación utópica dominante en el sentido de construir una sociedad humana en la que prime el bien sobre el mal, la libertad sobre la necesidad, la sabiduría sobre el error, la dignidad sobre la abyección, la paz -que es la solidaridad y la participación- sobre las relaciones violentas y coercitivas.

Claro está: al sublimar al hombre, llevándole a habitar en un mundo tan paradisíaco, estamos repitiendo, bajo el nombre de democracia participativa, la utopía que nos persigue desde que el hombre decidió ser humano, el diálogo complejo y permanente consigo mismo, bajo las miradas aguiluchas de ese Maquiavelo que todos llevamos dentro. Sin embargo, precisamente, en esa posibilidad de dialogar que todos debemos tener en la sociedad sin excluir a Maquiavelo, radica la democracia participativa. En definitiva, hablar de democracia y hablar de participación es hablar de diálogo. Entonces, sólo faltaría por definir cuáles serían las condiciones de ese diálogo para que todos tengamos derecho a la palabra y posibilidades reales de participación en el espacio del poder.

Democracia participativa: un nuevo espacio de comunicación

Los estados y las sociedades civiles constituyen espacios de comunicación en los cuales la cuestión central que se plantea es quién tiene la hegemonía de la palabra. ¿El Estado? ¿La sociedad civil? ¿Quién en el Estado? ¿Quién en la sociedad civil? Planteada así la relación entre el Estado y la sociedad civil desde una perspectiva comunicacional, el espacio del poder puede describirse y ostentarse como el mayor o el menor espacio de comunicación que cada quien ocupa en la sociedad. En ese sentido, creo muy apropiado el tratamiento que da C. B. Macpherson (*La democracia liberal y su época*) al tema de la democracia

participativa, al sostener que el primer problema que plantea es: ¿quién formula la pregunta y da respuesta a la pregunta?

Formular pregunta y responder pregunta significa aquí, en la comunicación del poder, como en la comunicación cotidiana, tres valores: la posibilidad del hombre de constituirse en sujeto, ocupando protagónicamente el escenario del sentido; la capacidad de conocer ese sentido y orientarlo en razón de sus motivaciones e intereses; y, finalmente, el poder de controlar los mecanismos del intercambio o la mediación entre los sujetos sociales. La democracia participativa es ese modelo de comunicación del poder en que el pueblo, mediante el ejercicio de la soberanía popular en forma regular, plural y libre, ha de ser el sujeto de sus preguntas y de sus respuestas, con capacidad de decidir y ejercer el sentido de su vida, dentro de una sociedad cuyo eje sea la satisfacción de los derechos de justicia social y libertad para todos, tomando en cuenta la natural diferencia entre los seres humanos y entre sus posibilidades de realización.

En ese sentido, la democracia participativa no es más que la democracia *dialogica*, como originalmente la concibieron los griegos; sin los apelativos modernos de representativa, indirecta o liberal, como se conoce en las sociedades capitalistas; o de popular o socialista, en los otrora países del "socialismo real".

La democracia participativa, como hoy la entendemos, y como comenzó a reclamarse en los años sesenta en Europa, nació de las insuficiencias tanto de la democracia liberal en los países occidentales como del "socialismo real" en los países de Europa Oriental, para dar respuesta a las nuevas aspiraciones de poblaciones que en general habían colmado sus necesidades primarias. Surgió en Hungría en 1956, y posteriormente en otros países socialistas, contra la "dictadura de las necesidades", como sostienen Agnes Heller y Ferenc (Marxismo y democracia). Surgió también en aquel "movimiento del 68" en Europa y en otros países como manifestación del descontento de las clases medias, en particular los estudiantes universitarios, contra el autoritarismo y la falta de sentido de las sociedades industrializadas.

Vista así, la democracia participativa es un producto de sociedades en las cuales la población, o una parte significativa de la población, había alcanzado niveles de desarrollo en dos aspectos determinantes: se había liberado de las necesidades primarias compulsivas: el desempleo, la alimentación; etc.; había superado la alienación del poder, arribando a

un grado crítico de conciencia de sus derechos a la participación y a la gestión en los asuntos públicos que envuelven su vida civil.

Desde entonces la necesidad de participación creció en el mundo bajo la reivindicación de la autogestión o bajo el reconocimiento, por sectores cada vez más amplios de la población, generalmente de la clase media, de nuevos derechos y nuevas libertades. Los movimientos feministas, regionalistas, ecologistas: la reivindicación cada vez mayor del derecho a la diferencia y a ser tomado en cuenta como sujeto por los diversos grupos de la sociedad, es una manifestación de la democracia participativa que poco a poco se impone por doquier, por lo menos como conciencia de un espacio de comunicación aún no conquistado. Es un espacio dialógico asumido como crítica; luego deseado como espacio de poder.

Por eso, la democracia participativa se perfila como una democracia desde la base hacia la cima de la sociedad, en la división actual de los roles sociales; desde la sociedad civil hacia el Estado; desde los grupos minoritarios, marginados, excluidos del intercambio social, hacia los grupos institucionalizados; desde los sujetos hacia el Estado y las estructuras colectivas; en fin, la democracia participativa es el reclamo del paciente frente al médico que manipula su cuerpo a su antojo.

Esas son las naturalezas de las reivindicaciones de la democracia participativa. Y serán aún mayores en la medida en que las sociedades -específicamente nuestra sociedad- vayan resolviendo los dos obstáculos que impiden su plena realización: que cambiemos nuestra imagen de consumidores de necesidades primarias a la de creadores de utopías; que, mediante la educación y el trabajo que da la misma participación en las organizaciones populares o en las organizaciones sectoriales, seamos sujetos conscientes de nuestro espacio de comunicación en los espacios del poder: en el barrio, en el municipio, en las instituciones del Estado.

Lo demás es puro tecnicismo: que si la democracia es directa, si es indirecta por delegación o representación. En el ejercicio de la democracia y de la libertad, la cuestión primordial sigue siendo ética: la responsabilidad; y comunicativa: la responsabilidad de formular preguntas y dar respuestas. ¿Ha alcanzado usted esa responsabilidad? Si la ha alcanzado, pues está listo para la democracia participativa. Si no la ha alcanzado, siga siendo un espectador de su propio destino. Pues, la democracia participativa exige de cada uno pasar de objeto a sujeto, y de todos, abandonar el papel de masa silente, transformándonos en masa crítica y decidente.

BIBLIOGRAFIA

- Aron, Raymond. **Democracia y totalitarismo**. Seix Barral, Barcelona, 1968.
- Heller, Agnes, Ferenc Feher. **Marxisme & démocratie**. François Maspero, París, 1981.
- Ianni, Octavio. **La formación del Estado populista en América Latina**. Ediciones Era, México, 1975.
- Michiavel. **Le prince**. Librairie Générale Française, París, 1962.2.
- Macpherson, C. B. **La democracia liberal y su época**. Alianza Editorial, Madrid, 1982.
- Matos Moquete, Manuel. **La cultura de la lengua**. Taller, Santo Domingo, 1987.
- Montesquieu. **De l'esprit des lois**. Nouveaux classiques Larousse, París, 1969.